

Q.
270
C.

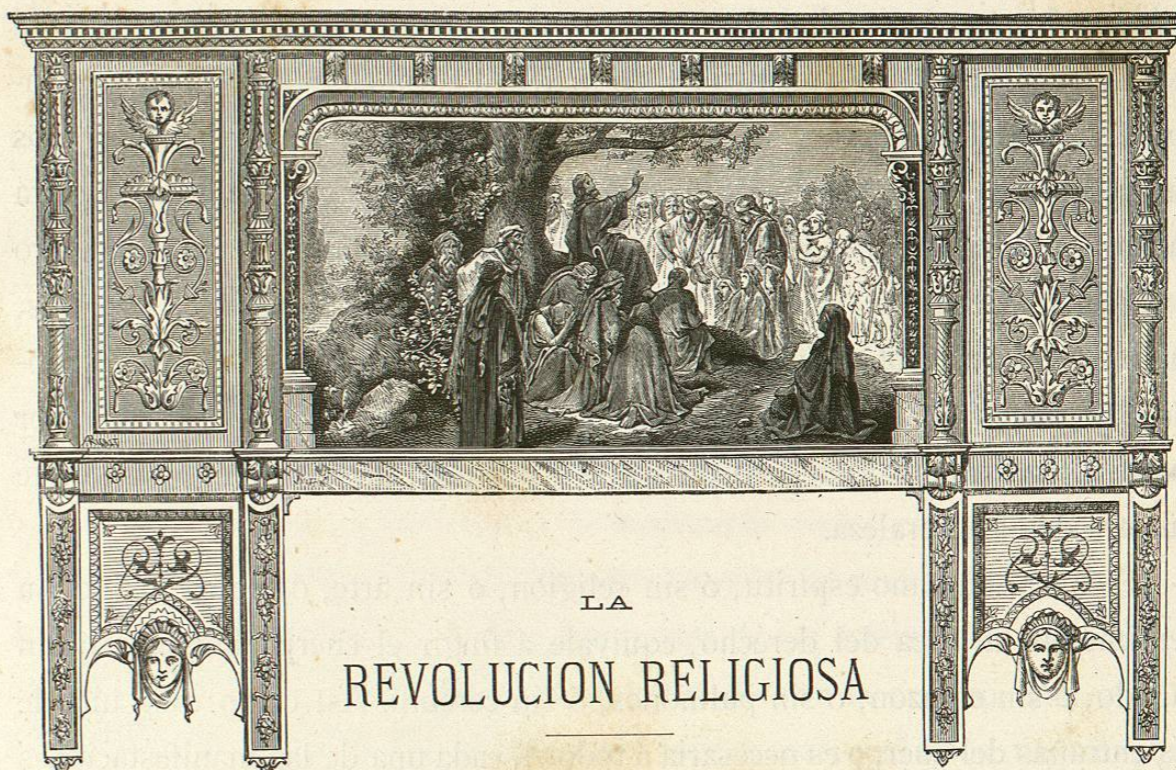
BX/305
C3
11

REVOLUCION RELIGIOSA

ES PROPIEDAD DE LOS EDITORES



BIBLIOTECA PUBLICA
LEON DE MEXICO



LA
REVOLUCION RELIGIOSA

PRÓLOGO

TODA una escuela, aspirante á fundar toda una ciencia, niega que la religion sea ideal necesario al pensamiento, inspiracion necesaria al arte, bálsamo necesario á todos nuestros afectos, ala misteriosa que de lo infinito suspende y sostiene todas nuestras esperanzas; luz de la inteligencia, calor del corazon, alma de la vida, sí, le niega todos estos atributos, porque empieza desconociendo y concluye contestando la necesidad de la religion misma.

Desconfiemos de estos sistemas, que suprimen adrede, y por una preocupacion llamada en la lengua vulgar preocupacion sistemática, cualquiera de las grandes facultades humanas; ora la razon, como quieren los místicos exagerados; ora la intuicion, como quieren los exagerados racionalistas; ya la fe en lo sobrenatural y en lo divino; ya los arrobos y los éxtasis de la poesía y del arte. La verdad es que, mientras el filósofo en sus abstracciones y en sus apotegmas niega la necesidad de las creencias religiosas, las almas pías, murmuran sus plegarias; los corazones heridos por la muerte de los seres amados buscan mas allá del sepulcro consuelos y esperanzas; los arquitectos levantan templos y altares, donde van á cuajarse en grandes aspiraciones

místicas los suspiros exhalados de nuestras penas eternas; los pintores trazan esas Vírgenes, resplandecientes de luz increada y ceñidas de estrellas inextinguibles, que llevan en su mirar extático nuestras nostalgias celestes; y los músicos y los poetas llenan el espacio inmenso que se extiende entre nuestra miseria y lo infinito, con himnos, á cuyas cadencias, el movimiento de nuestro corazón se acelera, el vuelo de nuestra inteligencia se agranda; y nosotros, gusanos del estiércol, infusorios perdidos en una lágrima, hijos de la corrupción, esclavos de la muerte, nos sentimos ángeles bajados del cielo por maravillosa manera y al cielo destinados por una sublime transformación de nuestra débil naturaleza.

Fingir el humano espíritu, ó sin religion, ó sin arte, ó sin ciencia, ó sin sentimiento ni idea del derecho, equivale á fingir el cuerpo humano, ó sin hígado, ó sin corazón, ó sin pulmones, ó sin cerebro. Así como cada una de las entrañas del cuerpo es necesaria á todo él, cada una de las manifestaciones del espíritu es al espíritu indispensable también. Y como el hígado se relaciona con el estómago de tal suerte que este no podría digerir sin la corrosiva bilis segregada por aquel; y el estómago se relaciona de tal suerte con el corazón que este no podría latir sin los elementos nutritivos prestados por aquel; y el corazón se relaciona con los pulmones como los émbolos de una máquina con la caldera que los mueve; las facultades humanas, á su vez, se relacionan de tal suerte que ni la inteligencia puede vivir sin el sentimiento, la razón sin la inteligencia, el juicio sin la razón, ni todas sin aquella suprema, que le da á cada una el conocimiento íntimo y reflexivo de sí misma, y que se llama conciencia. Donde quiera que nace un hombre, nace con él un misterio. En sus sentimientos más naturales, como el amor, por ejemplo, hay angustias que no se explican, aspiraciones encontradas que no se compadecen, presentimientos é intuiciones que tienen algo de sobrenatural, tendencias á lo imperecedero y á lo eterno, en las cuales se contienen, como en los astros de la noche, sombras recamadas de luz y luces circuidas de sombras, que, con estar dentro de nosotros mismos, contienen y ocultan ¡ay! indescifrables enigmas. Un filósofo contemporáneo ha llamado á estos impulsos ciegos de la naturaleza humana, superiores en cierto sentido á esta naturaleza misma, háles llamado inconscientes, por no llamarlos divinos. Y sin embargo, contra

todos estos distingos de sistemas más ó menos sofisticos, se levantará la eterna y sublime naturaleza nuestra diciéndonos: Hé ahí la religion.

La razón pura podrá decirnos que el paso de los seres contingentes al ser necesario, sería un salto mortal de la fantasía más que una deducción lógica del entendimiento; y que la idea de la perfección será como un arquetipo del alma humana, el cual no abona la arbitraria prueba de la existencia de un ser perfecto en la realidad viviente; y que el orden, la armonía reinantes en el universo no suponen la necesidad de un autor omnipotente, incomprendible á todas nuestras especulaciones é indemostrable por el estrecho criterio de nuestra experiencia; y mientras leemos y meditamos todos estos argumentos, álzase los ojos al cielo estrellado, ábrense los oídos al coro de las aves, abálmase el pensamiento en los círculos luminosos de las esferas ó en las crestas espumosas de las ondas, levántase el alma del dolor á la oración, caen sobre las alas de nuestras ideas las inspiraciones misteriosas; y el Dios, negado por la razón fría, aparece, como un sol místico, iluminándolo y esclareciéndolo todo, en el inmenso océano de la vida.

No preguntemos porque somos así, pero digamos que en nosotros existen el bien y el mal eternamente. No injuriemos ni á la Creación ni al Creador, pero reconozcamos que la sombra del pecado nos sigue á través de nuestro camino lleno de espinas y que el límite nos sujeta como el eslabón de una cadena incontrastable á todas las imperfecciones de la contingencia. No neguemos que somos animales, hijos de la materia bruta, sujetos á la nutrición grosera como el último de los rumiantes, necesitados de sueño como el topo, y viviendo del exterminio y de la matanza, como la hiena ó como el tigre. Un egoísmo ciego nos ayuda á conservarnos. Pasiones desordenadas nos impulsan á movernos. No hay criatura humana, por perfecta, que no haya tenido ó una mala tentación ó un mal pensamiento. Y sin embargo, pugnamos por el bien, queremos la verdad, sentimos los encantos de la virtud, y nos levantamos desde nuestro lecho de cieno para tomar blancas alas que nos eleven al santuario del supremo bien. Y hé ahí la religion, brotando de nuestro propio mal, como la acerba lágrima de nuestras mejillas y la amarga agua del mar se purifican y se endulzan al evaporarse en el inmenso cielo.

Somos combatientes. Tenemos que luchar, no solo por la vida, sino por

la virtud de la vida. Nacemos con un ideal de perfección, acompañado de una debilidad irremediable para alcanzarlo en la tierra. Nuestro combate tiene un premio: la libertad. Y la libertad tiene un fin: el bien voluntariamente cumplido. Mas nos equivocáramos, si creyéramos poder llegar al bien sin el auxilio de Dios; y nos equivocáramos aun mas, si creyéramos poder llegar á Dios sin el auxilio de la religion. Y una religion no es solamente doctrina moral, metafísica ó teológica; es tambien doctrina social. A la manera que la reluciente é inmaculada nieve, cuyas facetas brillan con la luz argentada de la luna en las altas cimas de los Alpes, que parecen huir á la tierra para resplandecer en los cielos, á la manera que esa nieve vírgen, filtrada allá en las honduras, riega y fecunda; la religion purísima, rodeada de ideales abstractos á manera de ángeles invisibles, cristálizase en vida real por medio de las costumbres purificadas á su fuego y en leyes é instituciones desprendidas de su altísima metafísica. Despues de todo, la plenitud del progreso consistirá en que las leyes divinas de moral promulgadas por Dios en la conciencia sustituyan á las leyes imperfectas y coercitivas del hombre, como el reinado de Dios puro al reinado de los antiguos reyes históricos. Una teocracia, en que todos los ciudadanos fueran sacerdotes, legisladores, reyes de sí mismos; unidos por los lazos de la ley moral, cuya única sancion secreta estuviese en la conciencia y cuya única sancion pública en la opinion, realizaria el ideal perfecto de aquel pueblo de Dios soñado por los antiguos profetas, pueblo, cuyos actos tendrian tal pureza de motivos, cuya legislacion tal universalidad de preceptos, cuyas libertades tal seguridad de vida y cuya constitucion tal virtud, que el hombre se aproximaria á Dios dentro de lo finito y la tierra se pareceria de todo en todo á los cielos. No, no lo desconozcais, filósofos que teneis las supersticiones de la ciencia, como los místicos tienen las supersticiones de la fe; si mas allá del horizonte sensible de nuestras ideas no se descubren sino las fuerzas ciegas y la materia fria, en cuanto sacudís el corazon ó la conciencia, exhalan, como el sándalo herido sus perfumes, una nube de incienso.

Naturalmente, Dios no es demostrable, porque no hay verdad ninguna que pueda contener en sí esta verdad suprema y eterna. Mas ¿por ventura, no hay en las ciencias mismas cosmológicas, en las ciencias exactas, mil principios verdaderos que no pueden por prueba alguna rigurosa tener una

demostracion? Las ciencias matemáticas, las ciencias mas exactas, se fundan sobre teoremas, que se denominan postulados, los cuales son de una evidencia irrefragable al par que de una demostracion imposible. Demostradme de alguna suerte esta verdad evidente: que las líneas paralelas no se encontrarán jamás ni en lo infinito. Demostradme esta otra verdad evidente: que dos líneas no pueden cerrar una superficie. Tronais contra la metafísica, y en todas partes, y á todas horas, teneis que encontrar la metafísica. Vuestra ciencia tiene por primer principio el átomo; y el átomo no ha sido visto ni tocado en ningun punto del espacio ni en ningun instante del tiempo. Hablais de la materia y de la fuerza, y la union de vuestra fuerza y de vuestra materia es tan inexplicable como la union de mi alma con el cuerpo y como la union de mi Dios con el Universo. Decís saber todos los misterios de la fisiología, y no sabeis porqué la imágen invertida en la retina rectifica esta inversion en el nervio óptico. Está vuestra Naturaleza tan rodeada de misterios como nuestro Espiritu. Y lo mismo que decimos de la metafísica, decimos de la religion: negadla, desconocedla, conpuidla; y se impondrá por su propia fuerza á vuestro ánimo y sobrevivirá por su propia virtud á todas vuestras negaciones.

Yo sé muy bien que así como hay una falsa ciencia, hay una falsa religion. Yo sé muy bien que puede prestarse á Dios un culto reprobable como puede prestarse á la ciencia un crédito poco razonado. Yo sé muy bien que un sentimiento religioso viciado puede llegar desde los sacrificios humanos hasta la Inquisicion española. Yo sé muy bien que, fundándose en el sentimiento religioso, puede darse á Dios nuestras pasiones; creer capaz á la divina sabiduría de oír la lisonja como nuestros tiranos; constituir en la sociedad una aristocracia que, so pretexto de interpretar las voces del cielo, acapare las cosas de la tierra; negar que la conciencia moral pueda servir de ley para la vida y la razon humana de criterio para el conocimiento; pero si fuerais á desechar todo aquello que aquí abajo se mezcla con el mal, no podríais habitar esta tierra oscura ni vivir esta triste vida nuestra. Lo indispensable es purificar el sentimiento religioso cual se purifican todos los sentimientos en el proceso y desarrollo progresivo de nuestro sér; y convertirlo en la comunicacion estrecha é íntima entre el cielo y la tierra, entre lo finito y lo infinito. Hay un orden natural que es divino; hay otro orden